

Editorial

Por la vía de la competencia estratégica

María Celina Castoldi



En el medio del transcurso de la guerra ruso-ucraniana, la tensión entre EE.UU. y la República Popular de China (RPCCh) sigue siendo la variable que marca el ritmo del sistema internacional. Mientras se prolonga el conflicto bélico en el Este de Europa y Rusia persiste en su objetivo de consolidar su frontera occidental, las dos mayores potencias militares de la actualidad sondean sus capacidades recurriendo a operaciones de libertad de navegación y operaciones de negación de acceso y negación de área.¹

Extensamente nos hemos referido en anteriores ocasiones a la red de aliados estadounidenses como una de sus mayores fortalezas relativas en la competencia en marcha y en este período, volvemos a confirmar que una parte medular de su estrategia es robustecerla. Vemos cómo la OTAN (la mayor alianza de defensa que existe) incluye por primera vez en su historia en su documento rector a la RPCCh como un desafío a sus intereses globales y cómo Japón, en su nuevo libro Blanco de Defensa, muestra indicios de haber comenzado a dejar de lado (seguramente con el visto bueno de EE.UU.) un largo período pacifista de su historia con el objeto de contener la amenaza china.

En este período registramos también cómo con un gradualismo y ambigüedad propios de una “estrategia de zona gris”, la RPCCh posiciona medios duales en las islas Spratly (escenario de disputa territorial marítima con sus vecinos) y declara al mundo que EE.UU. debe abandonar su paradigma de seguridad absoluta y

¹ Declaraciones oficiales y actos unilaterales como el despliegue y posicionamiento de medios, desarrollo de nuevas tecnologías y la celebración de alianzas interestatales también conforman el abanico de acciones disuasorias que cada una de las partes lleva adelante a los fines de conocer e indagar sobre las capacidades reales del adversario.

conformarse con uno de seguridad relativa aceptando el desafío que supone el nuevo poderío militar chino.

Todo pareciera indicar que paulatinamente el escenario se va configurando hacia un contexto de guerra. Pero, ¿es esto real? ¿qué nos cabe esperar? ¿debemos esperar un enfrentamiento bélico a gran escala? ¿qué tipo de enfrentamiento debemos esperar? Así como la invasión rusa sorprendió al mundo por habernos retrotraído al siglo pasado al haberse materializado en forma totalmente convencional (no ha sido una guerra de tipo híbrida como muchos en la academia especulaban serían las guerras del nuevo milenio) nada indica que a futuro las guerras vayan a ser distintas.

En esta línea, la Revisión Integrada de Defensa del Reino Unido (2020) es contundente cuando afirma que la naturaleza del conflicto no ha cambiado, sigue siendo la violencia entre Estados, sino que el carácter de la misma es lo que se ha modificado producto del cambio tecnológico y del incremento de las comunicaciones. Con lo cual confirmamos además que las mayores potencias militares han retomado el conflicto interestatal como justificativo para el planeamiento de su sistema de defensa.

Cierto es que EE.UU. y sus aliados tienen, a diferencia de la RPCh, experiencia en el combate y una sólida capacidad combinada producto de años de entrenamiento con sus aliados. Pero cierto también es que la RPCh ha logrado consolidar su aparato militar y advierte que no tolerará que terceros Estados se inmiscuyan en asuntos de orden interno como es su problemática con Taiwán.

Mientras tanto la competencia estratégica, multidimensional y multidominio parece ser la apuesta más inteligente para evitar el enfrentamiento bélico. Por ello, en momentos como este donde la tensión es creciente, las reuniones entre militares de ambas partes y los intentos para procurar mantener abierto el diálogo evitando provocaciones y confrontaciones que deriven en una escalada, adquieren particular relevancia.